

El hombre que vendió su Sombra





00163293



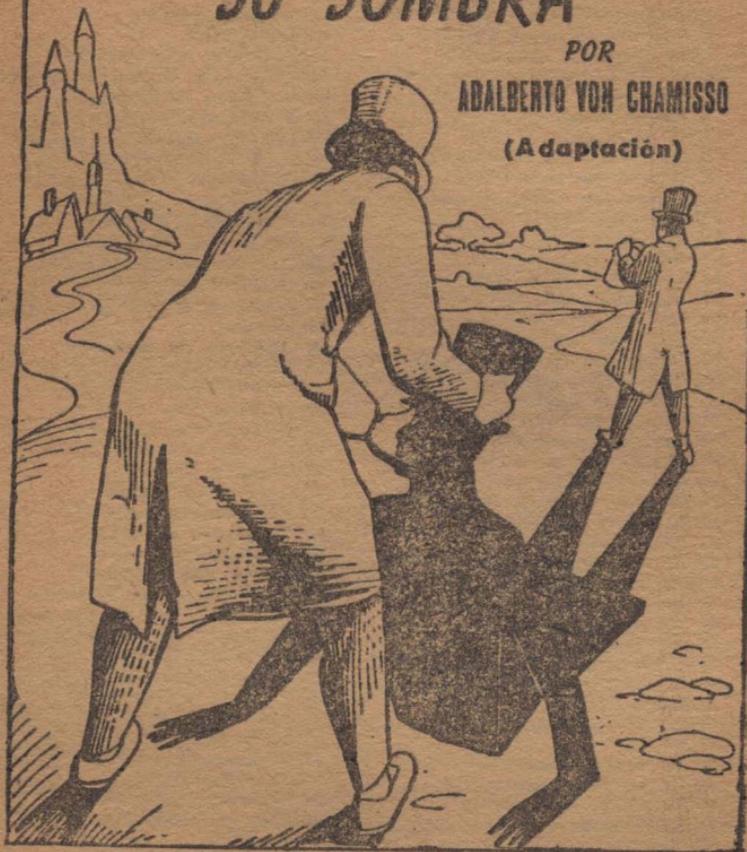
Morita

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU SOMBRA

POR

ADALBERTO VON CHAMISSO

(Adaptación)



EDITORIAL TOR - S. R. L.

Río de Janeiro 760

BUENOS AIRES

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de titanes
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los principes encantados
- 4 La Balla dormiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Plaf de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ah Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantos
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caparcita Beja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del sereno
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió invisible
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del mono
- 27 El gato con botas
- 28 El heda de Granville
- 29 De los Apalaches a los Andes
- 30 Méjica
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La hija encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reinó
- 41 La Cenicenta
- 42 Aventuras del rey Bedes
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábula de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Doriquea
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tics hermanas
- 50 Fábula de Ariarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el horniguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododas
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Seudent
- 59 Fábula de Escape
- 60 Constaneta
- 61 Nicolás y Nicolasa
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélida
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su sombra
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emalia
- 83 El muchacho ahortinado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos rubiciflores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



EL HOMBRE QUE VENDIO SU SOMBRA

CAPITULO PRIMERO

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS



UEGO de feliz travesía, llegamos a puerto. Apenas el barco me dejó en tierra, fui a una casa de huéspedes y pedí un cuarto. El camarero me miró fijamente y llevome a una buhardilla. Allí, le pregunté dónde vivía el señor Tomás John.

—Frente a la puerta del Norte, en una casa de mármol rojo y blanco —me contestó.

Vestíme lo mejor que pude, y provisto de mi

carta de recomendación, fuí a ver al hombre que debía ser mi guía futuro.

Tiré de la campanilla de la casa. Se abrió la puerta y sufrí un interrogatorio en el vestíbulo, por parte del portero. Luego me cupo el honor de ser recibido por el señor John en el parque, donde paseaba con algunos invitados. Me recibió como recibe un rico a un pelafustán. Al ver mi carta de presentación, dijo: "¡Ah, sí, de mi hermano"! Y añadió: "Tiempo ha que no tengo noticias tuyas". Volvióse entonces hacia sus amigos y les señaló con la carta que en la mano tenía una colina, y dijo:

—Allí construiré el nuevo edificio. —Rompió el sello de la misiva, y siguió diciendo—: Quien ni siquiera posee un millón es un mendigo.

Metióse la carta en el bolsillo y volvió a dedicarse a sus amigos, encaminándose con los mismos hacia una colina cubierta de floridos rosales. Llegamos al bosquecillo, y desde allí la vista se extendía hasta el inmenso océano.

—¡Un anteojo! —exclamó el señor John.

Un hombre de cierta edad, flaco, alto, pálido y callado, vestido de gris, en quien apenas había reparado, metió mano al bolsillo y extrajo uno que ofreció al señor John. Luego de que éste hubo mirado, el catalejo pasó de mano en mano, sin retornar a las de su propietario. Yo miraba al mismo con gran sorpresa, sin poder comprender cómo pudo salir ese instrumento tan grande de su bolsillo. Pero nadie reparó en ello y se fijaban menos en el hombre gris que en mí mismo.

Uno de los invitados dijo que sería encantador tender sobre el césped algunas alfombras. No bien



Metió la mano en el bolsillo y extrajo uno...

lo dijo, el hombre del traje gris llevóse la mano al bolsillo, y sacó un espléndido tapiz turco, recamado en oro. Todos se sentaron en él sin manifestar el menor asombro.

Me acerqué a un joven y le rogué, en voz baja, que me dijese quién era ese hombre, pero me contestó que no lo conocía.

Empezaba el sol a molestar a las damas. La hermosa Fanny, amiga del dueño de casa, volvióse hacia el hombre del traje gris, y con aire indiferente, le preguntó si no tendría, por casualidad, una tienda de campaña. Metióse el otro la mano en el bolsillo y pronto salió del mismo todo lo necesario para armar una magnífica tienda. Nadie manifestó el menor asombro, pero yo estaba asustado. Ya pude suponerse lo que sentí al ver que el hombre extraía del bolsillo dos caballos de silla con sus arreos. Resolví huir de allí, pero no conseguí escapar, desgraciadamente. El hombre gris me siguió y me dijo:

—Debo dirigir un ruego al señor. Permítame usted...

—¿Qué puedo yo hacer por un hombre que...?
—dije farfullando.

Pero él siguió diciendo:

—He contemplado con admiración su soberbia sombra, que tan desdeñosamente proyecta usted sobre el suelo, sin reparar en ella. Y ahora, le haré una temeraria proposición: ¿No se sentiría inclinado a cedérmela?

—¡Caramba! ¿No le basta con la suya propia? Singular es su proposición, a fe mía.

—Tengo en mi bolsillo algunas cosas de cierto



Extrajo dos caballos de silla...

valor, como pudo haberlo visto, y le cedería una de ellas a cambio de su sombra.

—No comprendo. ¿Es posible que mi sombra...?

—Sólo la pido para guardarla en mi bolsillo. Puede, en cambio, elegir entre los siguientes objetos maravillosos que llevo en el mismo: La hierba maravillosa de Glauco, los cinco sueldos del Judío Errrante, el mantel del paje Rolando, un gnomo doméstico, el sombrero de Fortunato, o mejor aún, una bolsa como la suya.

—¡La bolsa de Fortunato! —exclamé.

Y me la mostró, ofreciéndomela. Extraje de ella diez monedas de oro, y diez más, y otras diez, y diez siempre. Ofrecí, entonces, mi mano a aquel hombre, y le dije:

—¡Trato hecho! Cedo mi sombra a cambio de esta bolsa.

Estrechóme la mano, y luego se arrodilló. Le vi levantar suavemente mi sombra, enrollarla, doblarla y metérmela en el bolsillo. Inclínose después ante mí y marchó hacia el rosedal de la casa. Tuve la impresión de que se iba riendo en voz baja, pero yo así con fuerza la bolsa con mi diestra, mientras en torno mío brillaba la tierra iluminada por el sol.

CAPITULO II

VENDI MI SOMBRA...

Escondí la bolsa en el pecho y salí. Estaba ya junto a la puerta, cuando oí que alguien gritaba detrás de mí:

—¡Oiga, joven, escuche usted! ¡Joven!



Arrolló mi sombra y se la guardó

Volvíme y vi que era una vieja que me gritaba.

—¡Tenga cuidado, señor, porque ha perdido usted su sombra!

—Gracias, anciana, gracias —le contesté. Y luego de arrojarle una moneda de oro, seguí andando. Cuando llegué a la puerta de la ciudad, tuve que escuchar la misma observación. Después atravesé la calle principal cuando salían los niños de la escuela. Un jorobadito, vió al punto que me faltaba la sombra. Me denunció a gritos a toda la pandilla del barrio, y empezaron a arrojarme pelotas de barro.

—¡Las personas decentes —me gritaban—, tienen la costumbre de ir con su sombra cuando van a tomar el sol!

Para alejarlos les arrojé varios puñados de monedas de oro, y subí a un coche que me procuraron algunas personas compasivas. Una vez en mi cuarto cubrí el piso de monedas y me revolqué entre las mismas. Pero como el bolso no quiso retomarlas después, no tuve más remedio que esconderlas, aunque dejé algunos puñados en el suelo. Me dormí y al despertar mandé llamar al hosteletero. El buen hombre me recomendó para mi servicio personal a un tal Bentel, hombre que me agradó de inmediato. Me vestí ricamente, compré infinidad de cosas y joyas, pero ello no obstante, apenas disminuyó el montón. Mientras tanto, mi situación me sumía en una dolorosa incertidumbre. Salí esa noche a la calle. Una linda chica, que iba en compañía de sus padres, volvió los ojos hacia mí, y al notar la ausencia de mi sombra, estremeciéndose de horror, cubrióse el rostro, y se alejó en silencio. No pude dormir aquella noche. Llamé a Bendel, le describí al hombre que adquiriera mi sombra. Le di tanto oro como podía transportar, añadí algunas joyas, y le dije: "Mira, Bendel, Esto allana los caminos. No te muestres avaro. Averíguame algo referente a ese hombre". Pero Bendel volvió triste. Ninguno de los criados del señor John ni sus invitados, recordaban en absoluto al hombre del traje gris. Esa misma mañana, Bendel encontró frente a la puerta de calle a un hombre que le dijo: "Di al señor Pedro Schlehmil que no me volverá a ver, pues atravesaré el mar y el viento favorable me llama al puer-



Me arrojaron pelotas de barro

to; pero cabalmente dentro de un año me honraré visitándole, para proponerle otro negocio, que acaso encuentre entonces aceptable. Ofrécele mis humildes respetos y hazle presente mi agradecimiento.

—¡Era él! —exclamé.

CAPITULO III

MUCHO Y MALDITO ORO

Me sentía como el dragón de los Nibelungos, junto a su tesoro, carente de todo consuelo huma-

no e indigente en medio de mi oro. Lejos de amarlo, lo maldecía por ser causa de mi aislamiento. Otro ser se consumía de tristeza ante mis ojos: Bendel. Un día le envié con un anillo precioso de brillantes a visitar al pintor más célebre de la ciudad, rogándole que pasara a verme. Cuando llegó a mi casa, le pregunté si podía pintar una sombra falsa a un hombre que había perdido la suya. Pero el artista me contestó que la sombra postiza que él podría pintarme la perdería al menor movimiento, y añadió que quien no tiene sombra debe abstenerse de ir al sol. En lo sucesivo, Bendel, que mucho me quería, trataba con exquisito cuidado de disimular lo que me faltaba. Siempre estaba conmigo, lo preveía todo y no bien me amenazaba el más pequeño peligro, apresurábase a cubrirme con su sombra, pues era más alto y corpulento que yo. Transcurrió de esa suerte cierto lapso, sin mayores incidentes. En el interin tomé a mi servicio un nuevo criado, sin despachar por ello a Bendel, que más que un sirviente, era un amigo. El nuevo servidor, que luego demostró ser un pillo de siete suelas, se llamaba Rascal.

CAPITULO IV

EL BIEN PERDIDO

Un mal día, me dejé deslumbrar por dos ojos azules. Por los ojos de Minna. Rascal, en el transcurso de uno de mis viajes al interior del país, difundió la versión de que yo era el rey de Prusia, que viajaba de incógnito. Al llegar a una población de cierta importancia, me recibieron a la entrada de la misma



Al notar la falta de sombra, estremeci6se

varias jóvenes de gran hermosura, que me aportaban presentes florales. Entre ellas se encontraba Minna. Movidamente no sé por qué sentimiento, no traté de desvirtuar el infundio de mi servidor, y hasta me sentí halagado de que me tomaran por tan ilustre personaje. Ofrecí una fiesta en el jardín de mi vivienda. Los invitados me llamaban "señor conde", bajo cuyo supuesto título creían que viajaba el monarca. Me convertí, pues, en el conde Pedro. Llegó la joven que había de coronar aquella fiesta, en compañía de sus padres. Me presentaron al señor Inspector de Bosques, a su esposa y a su hija. Rogué a esta última que desempeñase el papel de reina de la fiesta. Aceptó ruborosa, y así la majestad, la inocencia y la gracia, unidas a la belleza, presidieron la encantadora e inolvidable reunión. Hice poner en dos platos cubiertos todas las joyas que comprara para desprenderme de mi oro y ordené que se distribuyeran entre las damas, en nombre de la reina; al mismo tiempo, y por encima de las vallas, se arrojaban sin cesar monedas de oro a la muchedumbre, que lanzaba gritos de júbilo. Bendel me comunicó que Rascal se había apropiado de muchos talegos de oro. No quise castigarlo por ello. Rascal siguió siendo mi criado, pero Bendel era ya mi amigo y confidente. Muy pronto los diarios desmintieron el viaje del rey de Prusia, pero como habían hecho de mí un rey, preciso era que continuara siéndolo, y hasta uno de los más ricos y poderosos del mundo. Pero nadie sabía qué rey era yo. Recibía por las noches en mi jardín o en mi salón, y sólo salía para dirigirme al jardín del Inspector de Bosques, porque mi amor por su hija llenaba mi vida entera. Nuestro amor sorprendió a los padres de Minna y no sabían qué partido



*Me recomendó
a un tal Bendel*

adoptar. Finalmente declaré a Minna que yo no era lo que la gente creía; que en efecto, era rico, pero muy desdichado. Que pesaba sobre mi cabeza una misteriosa maldición y que ella era la única dicha y el único bien de mi vida. Un día le dije que el último día del mes próximo podría cambiar y decidir mi suerte, y que si así no ocurría sólo me restaría morir, porque no quería hacerla desgraciada. Ella se echó a llorar y reiteró sus promesas de amor. Acercábase el día fatal, siniestro y amenazador como una nube tempestuosa. Era la víspera por la tarde. Apenas si podía respirar. Había tomado la precaución de llenar de oro algunas cajas y velaba, en espera de la medianoche. Dieron las doce, por fin. Estaba sen-



Al llegar a una población, me recibier



hermosas jóvenes con presentes florales.

tado frente al reloj, con los ojos fijos en sus agujas, contando los minutos y los segundos, como si fuesen otras tantas puñaladas. Me estremecía al oír el menor ruido. Por fin empezó a amanecer y las horas desaparecieron una tras otra. Pasó el día y la tarde y la noche transcurrieron sucesivamente. Dieron las once y nadie apareció. Transcurrieron los últimos minutos de la hora postrera de aquel día... ¡y nada tampoco! ¡Las doce! La primera campanada... y la última. Desesperado y estremecido por los sollozos, me arrojé en el lecho. Esa misma mañana tenía que pedir la mano de mi amada y para siempre veíame privado de mi sombra. Y a eso de la madrugada me cerró los ojos un sueño lleno de inquietudes y de pesadillas.

CAPITULO V

LA SOMBRA A CAMBIO DEL ALMA

Una mañana se me hizo presente Rascal en mi aposento. Me dijo: "Señor conde, con la mayor humildad le suplico que me muestre su sombra. Precisamente hace en el patio un sol magnífico". Altivamente me negué a semejante pretensión, y él, entonces, me declaró: "No quiero servir a un amo que carece de sombra. Por esta razón me despido". Bendel quiso recurrir a la omnipotencia del oro, pero como Rascal ya se había hecho rico a mi costa, lo arrojó desdeñosamente a mis pies, diciendo: "No acepto nada de un hombre que no tiene sombra". Me volvió la espalda y se alejó silbando. Bendel y yo nos quedamos estupefactos e inmóviles. Me resolví a devolver mi palabra a Minna, adivinando el grave riesgo que



Me presentaron al inspector de bosques.

corria de ser denunciado por Rascal, y fui a la casa del Inspector. Este se paseaba por el jardín de un modo febril. Tenía un papel escrito en la mano. Detúvose de pronto ante mí y me acusó de ser un tal Pedro Schlemihl, y de haber vendido mi sombra. Confesé que así era y dije que el día anterior mismo debían habérmela traído de vuelta. Minna, al oír estas palabras, ocultóse, llorosa, entre los brazos de su madre. Esta me hizo seña de que me alejara y así lo hice tambaleándome, como si el mundo se cerrase a mi espalda. Desesperado, eché a correr por los bosques, cuando sentí que alguien me tiraba por la manga. Me volví. . . ¡Era el hombre del traje gris! Sin más preámbulos, me invitó a que firmase un papel que me entregaba, y que lo firmase con una gota de mi sangre, que me extrajo con su pluma de ganso recién cortada. Decía en dicho papel: "El abajo firmado lega su alma al portador de la presente, cuando la misma se haya separado naturalmente de su cuerpo". A cambio de ello, me devolvería mi sombra. Me negué rotundamente a semejante tráfico. Lamentó mi testarudez y dijo que me demostraría cómo cuidaba las cosas que compraba. Y al punto sacó mi sombra del bolsillo, la extendió en el suelo y echó a andar con dos sombras que le seguían con toda fidelidad. Y añadió: "Puede usted recobrarla todavía. Con una simple firma puede salvar a Minna de las manos de ese bribón de Rascal, que la conquistará ahora con el dinero que posee, y podrá usted casarse con ella. ¡Decídase, pues!". Lloré amargamente, pero le indiqué que se alejara. Una vez más me encontraba a solas con mi desgracia.



Se había apoderado de muchas talegas

CAPITULO VI

FIRME USTED LA VENTA

Me encontraba en la desierta landa y habían pasado tres días. A la mañana del cuarto me encontré en una llanura arenosa caldeada por el sol. De pronto, advertí que se deslizaba por la arena una sombra muy parecida a la mía. Sola, al parecer, como si hubiese perdido a su dueño. Di un salto para apoderarme de ella, pero ella tomó la fuga. La perseguí. Iba ya a alcanzarla, cuando se volvió contra mí. Un brazo invisible empezó a propinarme los más terribles golpes que haya podido soportar un ser humano. Caí al suelo y entonces se me apareció un hombre al que tenía sujeto y que se desplomó debajo de mi cuerpo. Me expliqué el incidente: el hombre en cuestión de-

no dejar caer el famoso nido de pájaros que hace invisible al que lo lleva, pero no a su sombra. Miré en torno mío y al punto descubrí el nido. Me apoderé de él. El hombre levantóse rápidamente pero no pudo descubrir a su vencedor en la vasta llanura, ni siquiera su sombra. Entregóse a la más violenta desesperación y empezó a arrancarse los cabellos. Dueño de ese inapreciable tesoro —el nido de la invisibilidad— me encaminé al jardín de Minna, para comprobar por mí mismo si era cierto que Rascal pretendía birlarme a mi amada. Me senté en un banco que había frente a la casa y tuve la impresión de que, a mi lado, un ser invisible profería una sardónica carcajada. Apareció el padre de Minna con unos papeles en la mano. Pero, ¡maldición! A mi lado estaba el hombre del traje gris. Había extendido sobre mí el gorro encantado que le cubría, y mi sombra reposaba apaciblemente a sus pies, junto a la suya propia. Jugueteara con el conocido pergamino y me dijo en voz baja, inclinándose a mi oído: "Aceptó usted por fin mi oferta, ya que nuestras dos cabezas se cobijan bajo el mismo gorro. Devuélvame mi nido de pájaro, pues es usted hartó honrado para adueñarse de lo que no le pertenece". Tomóme el nido, sin que yo pensase en oponerme. Lanzó una carcajada tan ruidosa, que el padre de Minna se volvió. Me quedé petrificado. El hombre gris añadió: "Le devolveré la sombra y le regalaré este gorro. Recuperará usted a Minna y en cuanto a Rascal, le ahorraremos, cosa fácil mientras exista una sóga en el mundo". En ese momento, un criado anunció al señor Rascal, quien presentóse con todo descaro. Mi compañero me dijo: "¿Puede usted soportar esto? ¿No tiene sangre en las venas?". En un instante me hirió



Velaba, en espera de la medianoche.

ligeramente la mano y corrió la sangre. Dijo: "Por cierto que tiene usted sangre, y sangre roja. Vamos, firme". Y me vi con el pergamino y la pluma en las manos.

CAPITULO VII

SENDEROS SIN ESPERANZA

Caf sin sentido. Cuando volví en mí, mi compañero me decía: "Se está conduciendo como una vieja ridícula. Reanímese y ejecute su resolución". Me puse en pie, me quité el gorro encantado del desconocido y me encaminé a la puerta del jardín. Mi verdugo seguíame los pasos sin cesar de dirigirme irónicas fra-

ses. A través de las desiertas calles me encamine a mi vivienda, pero al llegar a ella apenas la reconocí. No se divisaba luz alguna detrás de las rotas ventanas. Cerradas estaban las puertas y no había en el interior ni un solo criado. Echóse mi compañero a reír, diciendo: "Mucho a variado esto; pero encontrará a su Bendel, quien le contará varias historias. Buenas noches, por hoy, y hasta pronto". Llamé, abrióse en el acto la puerta, y apareció Bendel, quien no pudo contener su alegría al verme. Nos arrojamos uno en brazos de otro. Bendel me refirió la historia del inmoral enriquecimiento de Rascal con muchos detalles. Rascal se apoderó de una llave de mi armario en el que encerraba mis riquezas, y pudo así obtener una fortuna cuyo aumento no le importaba ya. Yo dije a Bendel: "Esta misma noche me iré. No quiero que tú, inocente, asocies tu destino al mío. Hay allí algunas cajas llenas de oro. Te las doy. Yo iré solo y errante por el mundo. Y si algún día vuelvo a ser dichoso me acordaré de ti, porque fuiste mi único consuelo en mis horas tristes". Apenado, el muchacho obedeció mis órdenes. Me mostré sordo a sus ruegos e insensible a sus lágrimas. Finalmente me trajo un caballo. Una vez más lo estreché contra mi pecho, monté y me alejé, entre las tinieblas de la noche, de aquel lugar que era la tumba de mi dicha. Poco me importaba el camino que siguiera mi caballo, porque ya no tenía en la tierra ningún objeto, ningún deseo y ninguna esperanza.

Detúvose, y me acusó.

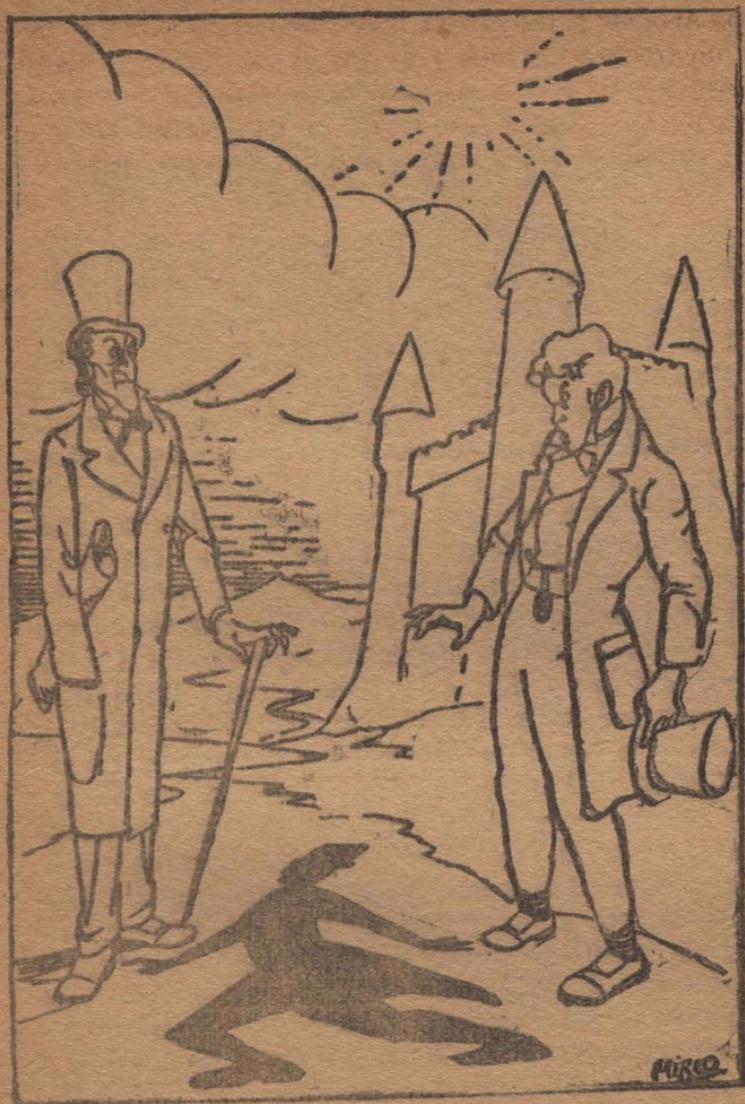


CAPITULO VIII

LAS BOTAS DE SIETE LEGUAS

Me encontré sin sombra y sin dinero, pero mi pecho quedó aliviado de un peso enorme, de modo que hasta estaba contento. Busqué en mis bolsillos y encontré algunas monedas de oro. Las conté y me eché a reír. Había dejado mi caballo en la posada, y no me atreví a volver a ella. Tendíme a la sombra de

los árboles y me dormí tranquilamente. Abrí al cabo nuevamente los ojos y vi que el sol seguía brillando, pero en la parte oriental del cielo. Eché a andar. Me encontré en el bosque con un campesino. De pronto, exclamó: "¡Caramba, el señor no tiene sombra!". Y yo, suspirando, repuse: "La perdí a causa de una larga y prolongada dolencia, y nunca ha vuelto a renacer". El buen hombre, meneando la cabeza, dijo: "Sí que es desagradable. ¡Grave enfermedad la del señor!". Interrumpió su charla, y sin decir una palabra, me abandonó apenas llegamos al camino lateral. Me hicieron avanzar con rapidez algunas semanas de marcha con tiempo lluvioso, pues mi sombra no se proyectaba en el suelo. Debía comprarme una botas. Me detuve ante un puerto donde vendían calzado nuevo y usado. Compré un par de botas usadas, pero buenas y fuertes. Eché a andar, y de pronto advertí que me había extraviado. La helada que envaraba mis miembros me obligó a apresurar el paso. Poco después me vi en la orilla helada de un océano. Corrí en línea recta algunos instantes y noté de pronto que me asfixiaba el calor. Miré en torno mío, y vi que estaba en unos campos de arroz. Cref soñar. Miré y vi dos chinos, que me saludaban en el idioma de su país. Retrocedí dos pasos y desaparecieron por completo. Había cambiado el paisaje por entero, y grandes bosques reemplazaban a los arrozales. Me di cuenta de que estaba en el sudeste de Asia. Quise acercarme a uno de los árboles, pero todo desapareció apenas hube dado un paso. Empecé a caminar como un recluta a quien enseñan a marcar el paso. Tierras, llanuras, prados, montañas, estepas, desiertos de arena, se desarrollaban sucesivamente y con rapidez maravillosa ante mis asom-



Sacó mi sombra y la extendió en el suelo.

bradas miradas. No cabía la menor duda: llevaba en mis pies las botas de siete leguas.

CAPITULO IX

MI VUELTA ALREDEDOR DEL MUNDO

El agradecimiento me hizo caer de rodillas. Perfectamente comprendía el porvenir que me esperaba. Desterrado a causa de la primera falta, de la sociedad de los hombres, iba, en compensación, a refugiarme en el seno de la naturaleza, a la que siempre amé. La tierra se abría ante mí como un rico jardín y el estudio sería la ocupación de mi vida y la ciencia su objeto. Estaba en las alturas del Tibet, y el sol, al que vi levantarse pocas horas antes, se inclinaba ya hacia poniente. Lo alcancé en su carrera y penetré de nuevo en Africa. La recorrí varias veces en todos sentidos. Penetré en Europa por las columnas de Hércules. Después de haber recorrido sus naciones, del sur y del norte, pasé al Asia septentrional, atravesé los hielos polares, por Groenlandia, y me dirigí a América. Recorrí las dos partes de ese continente y el invierno, que reinaba ya en el sur, muy pronto me echó del Cabo de Hornos, en dirección al Norte. A través de ambas Américas seguí la cadena de montañas más altas de nuestro globo. Llegué al monte Elías y por encima del estrecho de Behring pasé al Asia. En cuanto hube descansado un poco y el día empezó a alumbrar a Europa, traté de procurarme lo que me faltaba: un sextante, algunos instrumentos de física y varios libros. Fui a Londres y París, aprovechando los días de niebla. Como aficionado a la ciencia empecé mi nueva exis-



*¡Caramba! ¡El señor
no tiene sombra!*

tencia. Corría desde el Ecuador al Polo y de un continente a otro. Pero aun me esperaba una aventura que debía llevarme junto a los hombres.

CAPITULO X

EL NUMERO DOCE

Un día en que estaba en un país del norte, y con las zapatillas calzadas sobre las botas, se presentó de improviso un oso blanco. Quise tirar mis zapatillas y pasar a una isla que tenía delante y de la que sólo me separaba una roca pelada. Puse un pie en

el arrecife y al querer avanzar me caí al mar, porque no había notado que una de mis zapatillas seguía sujeta al otro pie. Me salvé a duras penas de aquel peligro. No bien pisé tierra firme, marché a los desiertos de Libia para secarme al sol, pero me insolé, y marché tambaleándome hacia el norte. Caí desvanecido. Al recobrar el sentido estaba acostado en una cama excelente, en una sala muy alegre.

Me aseguraron que mis botas y todo lo que encontraron sobre mí estaba perfectamente guardado para serme devuelto después de mi curación. El establecimiento en que estaba era el *Hospital de Schlemihl*. Lo que yo oía recitar cada día, era una exhortación para rezar por Pedro Schlemihl, fundador y bienhechor del establecimiento. De pronto, vi junto a la cabecera de mi lecho, a un hombre de rostro afable y a una dama enlutada: ¡eran Bendel y Minna! Curé en ese hospital y averigué algo más. Estaba en la ciudad natal de Bendel, quien en mi nombre y con el resto del oro, fundó aquel hospital en que los desgraciados me bendecían y que él mismo dirigía. Minna era viuda; un proceso criminal le costó la vida a Rascal y ella perdió la mayor parte de su fortuna.

Me calcé las botas, me vestí, y apenas se abrió la puerta me vi lejos del Hospital de Schlemihl. Volví a mis viejas costumbres y género de vida. Y así es como sigo viviendo. Mis botas no se gastan. Ni pierden su virtud. Únicamente mis fuerzas van disminuyendo pero tengo el consuelo de haberlas empleado útilmente en la consecución de mi objeto; por todos los sitios donde me llevaron, estudié más a fondo que nadie la Tierra, su forma, sus alturas, su temperatura, las variaciones de su atmósfera, los fenó-



Llevaba en mis pies las botas de siete leguas.

menos de su fuerza magnética y los de su vida, particularmente en el reino vegetal. He fijado la geografía del interior de Africa y la de las regiones del Polo Norte, así como la del interior de Asia y de sus costas orientales. Mi *Historia de las Plantas de ambos mundos* es un gran fragmento de la flora universal y un eslabón de mi sistema de la naturaleza. Creo que de este modo no sólo he aumentado en una tercera parte el número de las especies conocidas, sino que he contribuído al sistema de la naturaleza y a la geografía vegetal. Trabajo ahora asiduamente en la fauna y cuidaré de que antes de mi muerte sean entregados mis escritos a la Universidad de Berlín, para que, cuando haya desaparecido de la tierra, mi vida pueda servir de lección a algunos de sus habitantes, que se convencerán de que hay que desear, ante todo, la sombra y en segundo lugar el dinero.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 27 de julio de 1947.

Printed in Argentina.

Impreso en la Argentina

1249

SC
UJ
C-LA
71



CASA CALVO
JUGUETERIA MUSICA
DISEÑABLE - CLASICA
DISEÑADOS EN TODAS
LAS EDICIONES
SIEMPRE NOVEDADES
J.B. ALBERDI 5420

EDITORIAL
TOR

